



DON ISIDRO FABELA Y SU OBRA

POR FRANCISCO MANCISIDOR,
(escritor y periodista)

Echarse a cuestras la tarea de hablar, de don Isidro Fabela y su obra, es preciso reconocerlo, al par que va más allá de nuestras fuerzas, es una grata tarea que de ninguna manera dejaré de aprovechar.

Porque don Isidro Fabela (licenciado) no forma parte del común de los mexicanos, es por sus actitudes y por su obra, un patriota que ha llevado congénito un gran sentido humanista.

Se inició en las letras, allá, hace muchos años, y en “La Tristeza del Amo”, recogiendo el pensamiento de Francisco Villaespesa, este pensador, don Isidro Fabela, “hurgó en las profundidades del alma nacional”, aprovechando su clara y ágil mentalidad que lo ha llevado a ocupar el lugar que tiene en las letras mexicanas.

Pero dejó la palabra a don Isidro Fabela cuando afirma: “un padre debe mirar, más que su dicha presente, la futura de sus hijos. Eso sí, aquí dentro, muy hondo, abrigo la penosa idea de que quien se lleva mis tierras, se lleva también mi vida...”

—¡Oh, sí, no lo dude usted, amigo mío, no lo dude!... Pero dígame, ¿no cree que ellos me lo tomarán en cuenta?

—Pues con eso tengo para morir tranquilo. Los padres no tenemos mejor premio que el recuerdo y el amor de nuestros hijos.”

Sin embargo, su alma turbada por intensa emoción, no se detiene ahí, pues ahora habla el amantísimo padre que dice a su hijo Daniel:

“...Por todo eso el hogar es refugio del dolor, de la injusticia y de las derrotas.

“El hombre que es víctima de la maldad humana o de un sino

adverso, sólo en el remanso hogareño encontrará consolación y aliento para curar sus dolencias y seguir adelante.

En medio a las turbulentas marejadas del vivir cotidiano, haz de tu casa una isla de amor y alegría y verás cómo en ella todo te sonreirá.”

Todo lo cual es un bello canto que don Isidro Fabela se dio prisa en dejar escrito con letras de imprenta, es un canto al viejo árbol añoso sostén y raíz de la familia y de la Patria, es el homenaje que serenamente rinde a sus progenitores y sucesores en prueba evidente de reconocimiento, por la oportunidad que se le brindó para cumplir su alta misión en la vida.

Pero, también lleva implícito el tributo a la localidad que lo viera nacer, “ornada de enhiestos encinares y floridos madroños” posiblemente “soñando en un nuevo y engañoso amanecer; quizá añorando los tiempos idos para siempre, o pensando “Dios sabe”, en la muerte como última esperanza” . . .

Por otra parte, es indudable que don Isidro Fabela se escapa de nuestra introversión y en el andar de los tiempos se transforma en un mexicano de exportación, cuya vista fija ha mirado al horizonte; hombre maduro, ya no obstante, no ha olvidado jamás que: “sin amor a la tierra, no se la riega bien. Quererla es lo primero; haberla pisado en la infancia, laborado en la juventud, hollado siempre” . . .

A pesar de sus constantes viajes, el trato con las gentes más diversas y el contacto con los criterios más dispares, no rectifica sus hondas convicciones, su bandera es la moral y el respeto a los demás, lo que pone de manifiesto cuando dirigiéndose al presidente de la República —Cartas al Presidente Cárdenas— expresa: “. . . manifestándole que puede usted estar seguro de que sigo con el más ahincado interés el desarrollo del problema español, y de que con toda la pasión de que soy capaz defenderé la noble causa del Derecho y la Moral internacional de que usted se ha constituido en gallardo paladín, contra todo y contra todos, hasta ver la victoria de nuestra causa. Y puede usted también creer, señor general Cárdenas, que si el destino fuera transitoriamente adverso a la causa del verdadero pueblo español, que con tanto desnudo y fe defendemos, todavía entonces, y siempre, estaría convencido de que defendemos con el más puro desinterés un ideal que forzosamente triunfará en España”.

Ideal que hizo de nuestro distinguido representante en Ginebra, en el seno de la Sociedad de Naciones, el Quijote que dijo al Mundo, de la vertical posición de la Patria, en cuanto a aceptar, con todas sus responsabilidades inherentes, los compromisos internacionales que México hizo suyos.

Así pues, “. . . usted se propuso dos cosas: callar con la fuerza de la persuasión a los enemigos que en México tiene la Liga, y exponer ante el Mundo su criterio respecto de ella, estableciendo de una vez por todas que, a pesar de sus resonantes fracasos, la Sociedad de las Naciones debe subsistir porque, como usted dice con tanto acierto: “a través de la Asamblea de Ginebra se llegará a la conciencia de las masas populares y trabajadoras, capaces de comprender y aquilatar responsabilidades, y que de esas grandes reservas humanas dependen en definitiva el poder de los ejércitos, la estabilidad de los gobiernos y la producción de campos y fábricas, base de la existencia colectiva y porque. . .” “los éxitos materiales y momentáneos no eclipsan definitivamente los principios del derecho y la ética internacional, y que las reformas sociales se impondrán, a pesar de las desviaciones de la política y de las presiones o agresiones extrañas que se empeñan en atacar a las normas democráticas y constitucionales”.

Es indudable que en la versatilidad de don Isidro han sido elemento motor su espíritu revolucionario y las oportunidades tenidas para contrastar y lograr consecuencias en el mundo del que ha participado, de manera que este espíritu progresista se pone de manifiesto cuando afirma categórico: “es reconfortante mirar de cerca el progreso social de México. Cuando los revolucionarios de 1910 y 1913 volvemos los ojos al pasado y recordamos cómo eran entonces los trabajadores de nuestro país, cómo vegetaban, cómo pensaban, cómo sufrían los abusos del patrón y las injusticias de las autoridades; cuando pensamos que precisamente su triste estado nos hizo reaccionar, rebelándonos contra el Poder Público que tales cosas permitía, y ahora, al cabo de veinticinco años, contemplamos el resultado del movimiento emancipador que emprendimos como un deber elemental y como un sueño patriótico, nos sentimos dichosos, no tanto por haber sido pioneros de dicha lucha, sino por verla coronada con el éxito. Porque la Revolución, a pesar de sus fallas, unas de procedimiento, otras de fondo, a pesar de los elementos prevaricadores que la comprometieron y la deshonraron; a

pesar de la multitud de irresponsables que cobijó en su seno —como toda revolución— fue útil al adelanto político y social de nuestra República, como seguramente lo consignará el balance crítico de nuestra historia contemporánea”.

De forma que el ágil pensamiento, la profundidad de ideas de don Isidro Fabela, lo llevan a sentar un juicio crítico de las grandes convulsiones político-sociales que ha experimentado la Patria, y sus esperanzas en lo porvenir de nuestra colectividad se ven ratificadas en las condiciones que establece: “. . . por supuesto, si contamos, como contamos ahora, y tuvimos antaño, gobiernos bien penetrados de sus responsabilidades históricas, y estadistas de carácter sólido, del pulcro patriotismo y de manos limpias de oro y sangre, para imponer su personalidad, por el respeto y la estima, dentro y fuera de la República”. Porque, “México tiene pan, tiene paz, tiene juventud, tiene aliento, tiene optimismo para vivir y triunfar. . . y triunfará, señor presidente”.

Y, una vez más, su hondo sentido de lo moral en la vida de relación entre los pueblos, se hace patente, cuando enfrentándose a los “realistas” los fustiga al afirmar: “Ellos creen que lo que precisa hacer en política es únicamente seguir las conveniencias de cada Estado, sin fijarse en los principios”.

Como podemos observar, es toda una limpia trayectoria, la seguida paso a paso, sin vacilaciones, de este mexicano distinguido, pero distinguido en la máxima amplitud del concepto, no solamente desde el punto de vista intelectual, porque ¿de qué sirve una gran personalidad intelectual si ésta no está respaldada por una gran personalidad moral? Así pues, el académico don Isidro Fabela, ofrece en su Recepción ante la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Española, toda una tesis en la que dice, haciendo suyo el pensamiento de Kant: “Deber, palabra sublime; tú no ofreces nada agradable al hombre, no hablas más que de sacrificios y, tú sólo le revelas su dignidad, su libertad”, “pensar en el deber perseverantemente, vivir en la ilusión de cumplirlo; siempre con la esperanza de alcanzarlo, sin contar con otra fuerza que la propia; luchar para gozar del triunfo. Pero no para que ese goce sea ostentoso y estentóreo, sino para que sea íntimo, opaco, callado. No para provocar el aplauso de los demás, sino el de nuestra conciencia. Los vótores ajenos pueden ser inciertos y egoístas, pero el temblor de la dicha que apenas escuchamos y sentimos en el rincón

escondido de nuestro espíritu, ésa es la gran victoria certera y profunda que nadie nos puede arrancar”.

Pero hablar del deber sin contar con el ideal, es tanto como transitar en la negra noche tempestuosa, sin rumbo, como norma sí, sin duda se llega a los límites de lo excelso, pero no hace falta acaso fijar el ideal y don Isidro, lanza en ristre, localiza su ideal, el de Quijote, el de hombre que superándose, sin arredrarse ante los peligros que entraña ese ideal, de manera rotunda manifiesta: “Ser fiel a la lealtad y hacia sí mismo. La lealtad a sí propio consiste en ser consecuente a nuestros deseos y fines. Seguir con fe la propia vocación, es decir, perseverar en las ilusiones y ansias personales. No torcer nuestra vida, no falsificarla respetando su verdadero destino. El que la hiere se hiere a sí mismo y se expone al suicidio de su ser espiritual, que es el peor de los suicidios.”

Hemos comprobado así cuán difícil es hablar de don Isidro Fabela y de su obra, hablar, porque hablar de él, como dijera otro gran pensador, don Alfonso Cravioto, es hacerlo de uno de los mejores hombres de nuestro México.

Y, para terminar esta glosa, repetimos el pensamiento de don Isidro que se define a sí mismo: “El literato escribe para que lo lean, no para enterrar en la gaveta sus papeles queridos, sino para deleite ajeno, si le es dable, para dirigir a los demás, si tiene prestigio; enseñar, si es maestro, descubrir el pasado, si es historiógrafo; mostrar caminos, si es humanista. . .”

Porque tal es la personalidad de este mexicano ilustre cuya nutrida producción, habla de un pensamiento poco común y de una obra fecunda.